

INSTRUCCIONES PARA EJECUTAR UN TIRO PENALTI

Marcelo Báez Meza

*In memoriam
Carlos Muñoz Martínez
(1964-1993)*

Ejecutar un tiro penalti es un acto de soledad y de muerte.

El hombre de la camiseta amarilla y pantalones cortos –de color negro– acomoda el esférico a doce pasos del arquero.

La llovizna tiene miedo de caer con más fuerza y parece un mal presagio que se cierne sobre el estadio.

Los noventa mil espectadores gritan una palabra de tres letras.

En un palco lateral, único sector que no está atiborrado de gente, la chica está sola, como si estuviera aislada del resto de los espectadores. Si alguien quisiera verla desde la cancha podría hacerlo sin dificultad. Su soledad destaca en la multitud.

La realidad no se despoja de sus máscaras de agua. La lluvia arrecia súbita e impide ver claramente la realidad. La mirada femenina va alternando: del arquero va hacia el centro delantero. Este acto no cesa de repetirse y parece interminable.

El hombre, que está frente al balón, dirige su mirada hacia la platea y busca en la muchacha un signo favorable, algo que le permita tener éxito en ese tiro libre directo y sin barrera. Ella finge ignorarlo, mirando hacia el lado contrario.

El guardameta se da cuenta que su contrincante está mirando a la adolescente. Él también lo hace en ese mismo momento y, aprovechando que el árbitro está evacuando el área de jugadores, se acerca al contendiente. Le dice algo mientras coloca amenazadoramente sus manos enguantadas en la cintura.

El goleador hace caso omiso de lo que ha dicho el guardavalla, se voltea, dirige su mirada hacia la chiquilla y encuentra unos ojos que le reprochan; eso lo saca de quicio y profiere una obscenidad.

Ella está segura de saber lo que el número uno le ha dicho al número siete.

Cuando el portero retrocede hasta su línea, siente que ella lo está mirando, se agacha mientras sus guantes tocan sus rodillas, se alza las medias una y otra vez, de manera nerviosa, hasta encontrarse con los hostiles ojos del puntero. El silbato se escucha decretando el cobro de la pena máxima.

El hombre avanza con lentitud hacia la redonda, la posición de su cuerpo pretende engañar a su rival: se inclina hacia la derecha como si fuera a usar la pierna izquierda.

El guardapalos, que no puede dejar de pensar en el hecho de estar siendo observado desde el balcón, abre los brazos, da dos pasos hacia delante y alcanza a desviar el balón con su mano derecha.

La mayor parte del público siente alivio, al igual que el número siete, cuando el referí anula el penalti. Infracción del golero: éste se ha salido de la línea de meta. Habrá de repetirse el tiro. El jugador de la casaca amarilla postergará su anhelo: correr hacia el palco y festejar el hecho de haber doblegado al arquero que alguna vez fue su amigo.

Ella se muerde el labio inferior y, por un momento, piensa que habría sido mejor no haber concurrido al campo de juego. Se recoge los cabellos húmedos que se habían deslizado por su frente, y luego sus manos se entrelazan con fuerza como si estuviera rezando.

El centro forward sigue nervioso. Sabe que su error fue inconcebible: caminó muy lento hacia el balón, se vio victorioso antes de patear, subestimando al meta. El miedo lo invadió de tal manera que su pie se comportó de forma desafortunada; sin embargo, comete un segundo error: sigue dándole poca importancia a las habilidades del tipo que está cuidando la portería.

Por un momento se le ocurrió algo inaudito: pedirle al número diez que ejecute por él este nuevo tiro, pero sabe que nada tiene marcha atrás, sobre todo porque ella está allí, a la espera de lo que va a suceder. Durante dos años y medio ha estado cobrando esas faltas para el equipo y jamás ha fallado.

La pelota espera ser golpeada por segunda vez.

La multitud saborea otra vez la palabra de tres letras. Solo hay tres jugadores posibles: la fanática y los dos hombres que están frente a frente. El juez pita autorizando la nueva ejecución. El número siete está a cuatro metros de la bola. Cree que la larga viada que ha tomado, será ventajosa para él, y que intimidará al contrincante.

El balón dibuja un signo taquigráfico en el aire. El botín derecho del puntero ha utilizado toda la violencia posible. Ante la incredulidad de la muchedumbre el arquero desvía el globo cuyo destino era el rincón derecho del arco.

El de camiseta amarilla no se atreve a mirar a la que está en el palco; el guardavalla, sí, y su mirada no es de triunfo, sino de una tristeza invernal. Debido a la lluvia que moja su rostro es difícil decir si está llorando.

La espectadora se levanta y abandona el estadio. El partido terminará minutos después, con el marcador empatado cero a cero. Sólo los tres jugadores principales sabrán que han perdido.